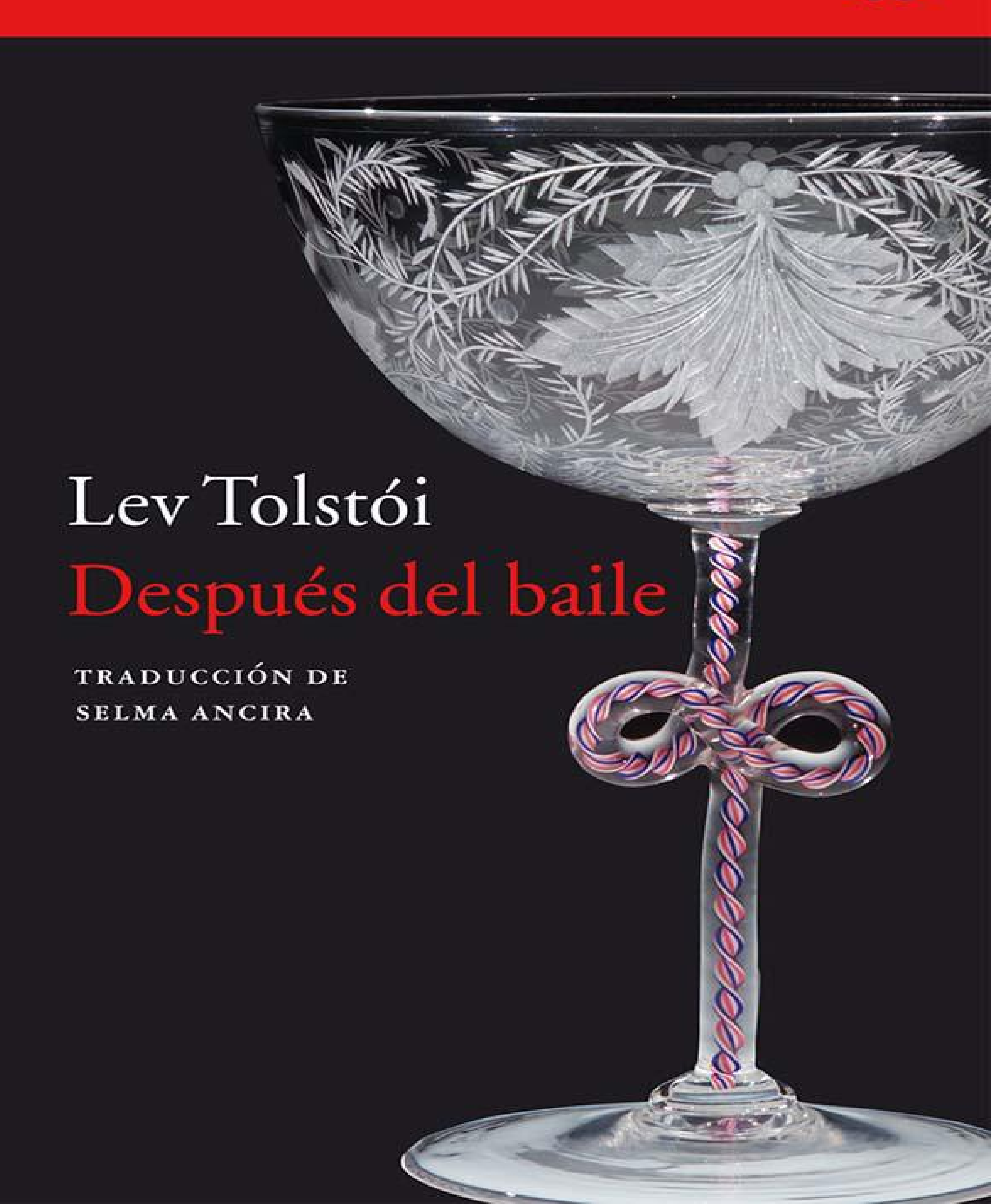


Lev Tolstói

Después del baile

TRADUCCIÓN DE
SELMA ANCIRA

Tres relatos sobrecogedores, «Después del baile», «Tres muertes» y «¿Cuánta tierra necesita un hombre?», nos enfrentan a la realidad de la condición humana, a cómo encaramos nuestro fin. La destreza narrativa de Tolstói, la profundidad de sus observaciones y la precisión y finura con las que se acerca a sus personajes nos recuerdan por qué el gran novelista ruso es uno de los pensadores morales más fecundos y fascinantes de la literatura universal.



Lev Nikoláievich Tolstói

Después del baile

ePub r1.0
Titivillus 10.05.2021

Lev Nikoláievich Tolstói, 2016
Traducción: Selma Ancira

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



DESPUÉS DEL BAILE

—Ustedes dicen que el hombre es incapaz de entender por sí mismo lo que está bien y lo que está mal, que todo depende del medio, que el medio lo pierde. Pero yo pienso que todo depende del azar. Les voy a hablar de mí.

Eso fue lo que dijo el por todos respetado Iván Vasílievich tras la conversación que habíamos tenido a propósito de que para el perfeccionamiento personal es imprescindible, sobre todo, cambiar las condiciones en las que vive la gente. En realidad nadie había dicho que uno fuese incapaz de entender lo que está bien y lo que está mal, pero ésa era la manera que tenía Iván Vasílievich de responder a los pensamientos que en él habían surgido a raíz de la conversación, y que aprovechaba para relatar episodios de su propia vida. Con frecuencia se entusiasmaba tanto con su relato que acababa olvidando qué lo había suscitado, máxime que contaba las cosas con gran franqueza y veracidad.

Así fue también esta vez.

—Voy a hablarles de mí. Si mi vida tomó el curso que tomó y no otro, no fue por el medio, sino por algo totalmente distinto.

—¿Por qué? —le preguntamos nosotros.

—Es una larga historia. Para entenderla, tendría que contarles muchas cosas.

—Pues cuéntenoslas.

Iván Vasílievich se quedó pensativo, movió la cabeza.

—Sí —dijo—. Mi vida entera dio un vuelco debido a una noche, o más bien, a una madrugada.

—Pero ¿qué ocurrió?

—Ocurrió que estaba yo muy enamorado. Me enamoraba con frecuencia, pero éste era mi amor más grande. Asunto pasado; ella tiene ya hijas casadas. Hablo de B., sí, de Várienka B. —Iván Vasílievich mencionó

el apellido—. Aun a los cincuenta años era de una belleza maravillosa. Pero en la juventud, a los dieciocho, era encantadora: alta, espigada, graciosa y sublime, precisamente sublime. Se mantenía siempre extraordinariamente erguida, como si no pudiera hacerlo de otra manera, echando un poco hacia atrás la cabeza, y eso le daba, con su belleza y su alta estatura, pese a su delgadez, es más, a su flacura excesiva, un aspecto majestuoso que podría haber intimidado, si no hubiera sido por la sonrisa dulce y siempre alegre de sus labios, y sus preciosos ojos llenos de brillo, y todo su ser joven, lleno de gracia.

—¡Qué manera de narrar, Iván Vasílievich!

—Narre como narre, es imposible hacerlo de forma que ustedes entiendan cómo era. Pero no se trata de eso: lo que les quiero contar ocurrió por los años cuarenta. En aquel entonces era yo estudiante en una universidad de provincia. No sé si era bueno o malo pero, en aquel entonces, en nuestra universidad no teníamos ningún tipo de círculos, ni de teorías, éramos simplemente jóvenes y vivíamos como es propio de la juventud: estudiábamos y nos divertíamos. Yo era un muchacho alegre y espabilado, y además rico. Tenía un caballo intrépido, bajaba por las pendientes en trineo acompañado de damiselas (los patines no estaban aún de moda), parrandeaba con los amigos (en aquel entonces no bebíamos nada que no fuera champaña; si no había dinero, no bebíamos, pero ni hablar de beber vodka como ahora). Mi mayor diversión eran las veladas y los bailes. Bailaba yo bien y no estaba de mal ver.

—Déjese de modestias —lo interrumpió una de las oyentes—. Conocemos el daguerrotipo con su retrato. No sólo no estaba de mal ver, era usted un galán.

—Digamos que sí, que era un galán, pero no es ese el punto. El punto es que en el momento más intenso de mi amor por ella asistí, el último día de Carnaval, a un baile en la residencia del jefe de la nobleza de la provincia, un anciano de buen corazón, ricachón, hospitalario, chambelán de la corte. Su mujer, de tan buen corazón como él, recibía a los invitados ataviada con un vestido de terciopelo pardo, una *ferronière* de brillantes en la cabeza y el pecho y los envejecidos, arrugados y níveos hombros al descubierto como los retratos de Elizabeta Petrovna, hija de Pedro el Grande. El baile fue

maravilloso: el salón era magnífico, hubo coros y músicos; los entonces famosos siervos de un terrateniente aficionado; el banquete fue espléndido y se sirvió un mar de champaña. Aunque amante de la champaña, no bebí, porque aun sin alcohol me hallaba ebrio de amor, pero en cambio bailé hasta caer desfallecido. Bailé cuadrillas, valses, polcas y, tanto como me fue posible, por supuesto con Várienka. Ella llevaba un vestido blanco con un cinturón rosado y guantes blancos de cabritilla que casi le llegaban hasta los delgados y agudos codos, y zapatos de raso blancos. La mazurca me la arrebataron: un antipatiquísimo ingeniero de nombre Anísimov —aún no puedo perdonárselo— la invitó apenas la vio entrar, mientras yo había ido a la peluquería y por mis guantes, y llegué tarde. De modo que la mazurca no la bailé con ella, sino con una alemanita a la que había cortejado. Pero temo haber sido harto descortés con ella aquella noche, no le hablé, no la miré, únicamente veía la silueta alta y espigada de vestido blanco y cinturón color de rosa, el rostro resplandeciente, sonrosado, con hoyuelos en las mejillas y ojos dulces y graciosos. No sólo yo, todos la contemplaban y la admiraban. La admiraban los hombres y también las mujeres pese a que ella las eclipsaba a todas. Era imposible no admirarla.

Debido a las reglas, digámoslo así, no bailé con ella la mazurca, pero en realidad casi todo el tiempo bailé con ella. Ella, sin inmutarse, cruzaba la sala en dirección a mí y yo, sin esperar a ser invitado, me levantaba de un salto, ella agradecía mi sagacidad con una sonrisa. Cuando nos llevaban hasta ella y no adivinaba mi cualidad[1], en el momento de no poner su mano sobre la mía, alzaba sus delgados hombros y, para demostrarme su contrariedad e intentar consolarme, me sonreía. Durante las figuras valseadas de la mazurca, valsaba yo mucho con ella, y ella, respirando aceleradamente, me sonreía y me decía: «*Encore*».

Y yo valsaba más y más y no sentía mi cuerpo.

—¡Cómo es posible que no lo sintiera!, yo creo que lo sentía muy bien cuando la rodeaba por el talle, y no sólo su cuerpo, el de ella también —dijo uno de los convidados.

Iván Vasílievich se sonrojó y, enojado, casi gritó:

—Eso es lo que son ustedes, la juventud de hoy. No ven nada más que el cuerpo. En nuestra época no era así. Cuanto más enamorado estaba yo,

más incorpórea se volvía ella para mí. Ustedes ahora ven los pies, los tobillos y algo más; ustedes desvisten a las mujeres de las que están enamorados, para mí en cambio, como decía Alphonse Karr (un buen escritor) el objeto de mi amor llevaba puesto un atuendo de bronce. No digamos desvestirlas, intentábamos incluso cubrir su desnudez, como el buen hijo de Noé. Pero es inútil, ustedes no podrán entenderlo…

—No le haga caso. ¿Qué pasó después? —preguntó uno de nosotros.

—Sí. Estábamos en que bailé sobre todo con ella y no me di cuenta de cómo transcurrió el tiempo. Los músicos, con cierto desánimo debido al cansancio, como ocurre al final de los bailes, tocaban una y otra vez la melodía de una misma mazurca; en los salones, los padres ya se habían levantado de las mesas de juego en espera de la cena, los lacayos aparecían cada vez con mayor frecuencia trayendo alguna cosa. Eran más de las dos. No podía desperdiciar los últimos minutos. La elegí de nuevo, y por centésima vez nos deslizamos a lo largo del salón.

—Después de la cena, ¿la cuadrilla es mía? —le dije acompañándola hasta su lugar.

—Por supuesto, si no me obligan a irme —comentó con una sonrisa.

—No lo permitiré —dije.

—Déme mi abanico —dijo ella.

—Me apena devolvérselo —dije tendiéndole su abanico blanco y no muy caro.

—Tenga, para que no se apene —dijo arrancando una pluma a su abanico y dándomela.

Tomé la pluma y sólo con la mirada fui capaz de expresar toda mi emoción y gratitud. No sólo estaba contento y satisfecho, era feliz, dichoso, era bueno; yo no era yo, sino un ser no terrenal que no conocía la maldad y sólo era capaz de hacer el bien. Metí la pluma en el guante y me quedé ahí de pie, sin fuerzas para alejarme de ella.

—Mire, están pidiendo a papá que baile —me dijo señalando la figura alta y de buen porte de su padre, un coronel con charreteras de plata que se encontraba de pie junto a la puerta en compañía de la dueña de casa y otras damas.

—Várienka, venga —oímos la voz fuerte de la anfitriona con la *ferronière* de brillantes y los hombros elizabetianos.

Várienka se acercó a la puerta y yo la seguí.

—*Ma chère*, convenza a su padre para que baile una pieza con usted. Por favor, Piotr Vasílievich —se dirigió la anfitriona al coronel.

El padre de Várienka era un anciano apuesto y bien conservado, alto y de buena presencia. Tenía la cara rubicunda y un bigote enroscado y blanco a la Nicolas I, unas patillas también blancas que alcanzaban el bigote, y los cabellos de la sien peinados hacia adelante. En los ojos radiantes y en los labios, la misma sonrisa dulce y jovial de su hija. Su complexión era espléndida, pecho ancho y bien plantado en actitud marcial, pobremente adornado con algunas medallas, hombros fuertes y unas piernas largas y bien torneadas. Era un comandante con el porte de los veteranos de la época de Nicolás I.

En el momento en que llegamos a la puerta, el coronel se negaba diciendo que ya no se acordaba de lo que era bailar, pero pese a todo, sonriendo, se llevó la mano al costado izquierdo, sacó la espada del biricú, se la entregó a un servicial joven y, calzándose un guante de gamuza en la derecha —«todo como manda la ley», dijo sonriendo— tomó la mano de su hija y se colocó con el cuerpo ligeramente girado en espera del compás.

Apenas sonó la melodía de la mazurca, dio un vivo golpe con un pie, dejó ir el otro, y su alta y pesada figura ora silenciosa y fluidamente, ora ruidosa y desbordando ímpetu, con tableteo de suelas o poniendo un pie encima del otro, giró alrededor de la sala. La graciosa figura de Variénka flotaba a su lado, imperceptible, acortando o alargando oportunamente los pasos de sus piececitos en raso blanco. La sala entera seguía cada uno de los pasos de la pareja. Yo no sólo los admiraba, sino que los contemplaba con una emoción colmada de entusiasmo. Me conmovían sobre todo sus botas, ceñidas con trabillas, unas buenas botas de piel de becerro, pero no de moda, puntiagudas, sino a la antigua, con la punta cuadrada y sin tacón. Era evidente que las botas las había cosido el zapatero del batallón.

«Para vestir a su hija y que pueda presentarse en sociedad, no se compra el calzado de moda, sino que lleva unas botas de fabricación casera», pensé, y aquellas botas de punta cuadrada suscitaron en mí especial ternura. Se

veía que alguna vez había bailado espléndidamente, pero ahora era pesado, y sus piernas ya no eran lo bastante flexibles para los bellos y veloces *pas*, que intentaba ejecutar. Con todo, se las ingenió para dar dos vueltas al salón. Cuando, tras separar rápidamente los pies los volvió a juntar y, aunque con cierta dificultad, cayó sobre una rodilla, y ella, sonriendo y arreglándose la falda que él había enganchado, ligera y armoniosa dio una vuelta alrededor de él, todos aplaudieron sonoramente. Él se levantó con un poco de esfuerzo y, lleno de ternura y delicadeza, tomó a su hija con ambas manos de las orejas, la besó en la frente y la condujo hasta mí, pensando que bailaba yo con ella. Le dije que no era yo su caballero.

—Bueno, es igual, baile una pieza con ella —dijo sonriendo afable y devolviendo su espada al biricú.

Igual que ocurre cuando, tras la primera gota que sale de la botella, el contenido se derrama en grandes chorros, así en mi alma mi amor por Várienka liberó toda la capacidad de amar encerrada en ella. En ese momento abrazaba yo con mi amor al mundo entero. Amaba a la dueña de casa con su *ferronière* y su busto elizabetiano, amaba a su marido, a sus convidados, a sus lacayos, e incluso al ingeniero Anísimov, que me había puesto cara. Su padre, con sus botas caseras y su amable sonrisa, parecida a la de ella, suscitaba en ese momento en mí arrobo y ternura.

La mazurca terminó, los anfitriones pidieron a los huéspedes que pasaran a cenar, pero el coronel B. rehusó la invitación arguyendo que al día siguiente debía levantarse temprano, y se despidió de los dueños de casa. Yo temí que pudiera llevársela, pero ella se quedó con su madre.

Después de la cena bailé con ella la cuadrilla prometida y, a pesar de que ya era, o así me lo parecía, inconmensurablemente feliz, mi felicidad no cesaba de crecer. No hablamos en absoluto de amor. No le pregunté si me amaba, ni me lo pregunté a mí mismo. Me bastaba saber que yo la amaba. Y sólo temía una cosa, que algo pudiera empañar mi felicidad.

En cuanto llegué a casa y me quité el abrigo pensé en dormir, pero me di cuenta de que me sería del todo imposible. Tenía en la mano la plumita de su abanico y un guante suyo, completo, que ella me había dado al partir, cuando se acomodaba en la carroza adonde yo había ayudado a subir primero a su madre y luego a ella. Miraba ambos objetos y, sin cerrar los

ojos, la veía frente a mí en el momento en que ella, al elegir entre dos caballeros, intentaba adivinar mi condición, y oía su melodiosa voz diciendo: «Orgullo, ¿verdad?», al tiempo que, radiante, me tendía su manita; o cuando durante la cena se llevaba a los labios la copa de champaña y me miraba de soslayo con sus cariñosos ojos. Pero sobre todo la veía con su padre cuando, ligera y armoniosa, se deslizaba junto a él y, orgullosa y contenta tanto por ella misma como por él, echaba un ojo a los espectadores admirados. Y yo los unía a los dos, involuntariamente, en un sentimiento delicado y enternecedor.

En aquel entonces vivía con mi ahora difunto hermano, a quien no le gustaba la vida social y no asistía a los bailes. Estaba preparando, además, su examen de licenciatura y llevaba la más metódica de las vidas. Dormía. Vi su cabeza hundida en la almohada y cubierta hasta la mitad por una manta de franela, y sentí lástima por él, porque no conocía ni compartía la felicidad que yo estaba sintiendo. Nuestro lacayo Petrusha, un siervo de la gleba, me recibió con una vela y quiso prestarme su ayuda para quitarme la ropa de abrigo, pero yo lo despedí. La visión de su cara adormilada con el cabello revuelto me resultó dulcemente conmovedora. Intenté no hacer ruido, atravesé la habitación de puntillas y me senté en la cama. No, era demasiado feliz, no lograría dormir. Además, sentía calor en esas habitaciones tan bien caldeadas y, sin quitarme la guerrera, salí despacito al vestíbulo, me puse el capote, abrí la puerta de la calle y salí.

Del baile me había retirado pasadas las cuatro. Habrían transcurrido dos horas más entre que llegué a casa y estuve sentado en la cama, de modo que cuando salí ya clareaba. Hacía el tiempo propio de Carnaval, había neblina, la nieve acuosa se derretía en las calles, y los tejados, todos, goteaban. En aquel entonces los B. vivían al final de la ciudad, junto a un gran descampado, en uno de cuyos extremos había un paseo, y en el otro un instituto para jovencitas. Recorrí nuestro desierto callejón y desemboqué en la calle principal donde ya se veían algunos transeúntes y algunos cargadores con trineos repletos de leña cuyos patines se hundían hasta tocar el empedrado. Tanto los caballos que bajo los arcos balanceaban rítmicamente sus cabezas mojadas, como los cocheros que se cubrían con arpilleras y chapoteaban con sus enormes botas al lado de los carros, y las

casas de la calle que, envueltas en la niebla, parecían altísimas, todo me resultaba especialmente grato y significativo.

Cuando llegué al descampado donde se encontraba su casa vi al final, en dirección al paseo, algo voluminoso, negro, y oí los sonidos de una flauta y un tambor que desde ahí llegaban. Mi alma seguía llena de música y de vez en cuando incluso se dejaba sentir la melodía de la mazurca. Pero ésta era una música distinta, tosca, desagradable.

«¿Qué será eso?», pensé y por el camino pisoteado y resbaladizo que atravesaba el descampado, me dirigí hacia los sonidos. Al cabo de unos cien pasos, en medio de la niebla, comencé a distinguir una multitud de personas de negro. Evidentemente eran soldados. «Estarán haciendo la instrucción», pensé y, al paso de un herrero de pelliza sucia y delantal, que transportaba alguna cosa en las manos e iba delante de mí, me acerqué. Los soldados con sus guerreras negras estaban formados en dos filas, una enfrente de la otra, con los fusiles en posición de descanso, y no se movían. Al fondo estaban el tamborilero y el flautista que no cesaban de repetir una y otra vez aquella misma melodía desagradable y penetrante.

—¿Qué hacen? —pregunté al herrero que se detuvo a mi lado.

—Apalean a un tártaro que trató de huir —soltó con enfado el herrero y clavó los ojos en el alejado final de ambas hileras.

Yo también miré hacia allá y vi, entre ambas filas, algo pavoroso que se aproximaba a mí. Lo que se acercaba a mí era un hombre desnudo hasta la cintura, atado a los fusiles de los dos soldados que lo conducían. Junto a él iba un militar alto con capote y gorra, cuya figura me pareció conocida. Contrayendo todo el cuerpo, chapoteando en la nieve fundida, el castigado, bajo los golpes que le llovían por ambos lados, avanzaba en dirección a mí, ya desplomándose hacia atrás —y entonces los suboficiales que lo llevaban de los fusiles lo enderezaban hacia adelante—, ya yéndose de bruces —y entonces los suboficiales, impidiendo la caída, lo tiraban hacia atrás—. Y, sin rezagarse, el alto militar marchaba con paso firme, dando pequeños saltos. Era el padre de Várienka, con su cara rubicunda y su bigote y sus patillas blancas.

Con cada golpe, el reo, como sorprendiéndose, volvía el rostro contraído por el dolor hacia el lado desde donde le había caído y, mostrando

sus blancos dientes, repetía una y otra vez lo mismo. Sólo cuando estuvo ya muy cerca de mí, capté sus palabras. No las pronunciaba, las gemía: «Hermanos, tengan compasión. Hermanos, tengan compasión». Pero sus hermanos no tenían compasión y, cuando el cortejo llegó hasta donde yo estaba, vi cómo el soldado que se encontraba justo enfrente de mí dio terminante un paso al frente y, haciendo sonar su vara en el aire, asestó un fuerte golpe en la espalda del tártaro. El tártaro se tambaleó hacia delante, pero los suboficiales lo sostuvieron, y en ese momento un golpe idéntico le cayó del otro lado, y de nuevo de éste, y de nuevo del otro… El coronel iba muy cerca y, ya mirando el suelo que tenía bajo los pies, ya al reo, respiraba hondo hinchando las mejillas, y soltando el aire poco a poco por su dilatado labio inferior. Cuando el cortejo adelantó el lugar en el que me encontraba, vi de modo fugaz entre las filas la espalda del reo. Era una masa amorfa, húmeda, roja, tan aberrante que no podía creer que fuera el cuerpo de un hombre.

—Oh, Dios —dijo a mi lado el herrero.

El cortejo comenzó a alejarse, los golpes seguían cayendo por ambos lados sobre el hombre que se tropezaba y se retorcía, el tambor seguía redoblando y la flauta tañendo, y la alta y robusta figura del coronel seguía avanzando con paso firme al lado del castigado. De pronto el coronel se detuvo y raudo se llegó hasta uno de los soldados.

—¡A ti te voy a dar yo! —oí su voz encolerizada—. ¿Lo vas a apalear, sí o no? ¿Eh? ¿Lo vas a apalear?

Y vi cómo con su recia mano enfundada en el guante de gamuza golpeaba en la cara al asustado soldado, menudo y endeble, porque no había dejado caer su vara con suficiente fuerza sobre la roja espalda del tártaro.

—¡Que traigan varas frescas! —gritó, echando una mirada alrededor, y me vio. Fingió que no me conocía, se frunció con aire infame y amenazador, y rápidamente se dio la vuelta.

Me sentía a tal punto avergonzado que, sin saber adónde mirar, como si me hubiesen encontrado culpable del acto más vergonzoso, bajé los ojos y me apresuré a volver a casa. Durante todo el camino tuve en los oídos ora el toque del tambor y el tañido de la flauta, ora las palabras: «Hermanos, tengan compasión», ora la voz encolerizada y autosuficiente del coronel que

gritaba: «¿Lo vas a apalear, sí o no? ¿Eh? ¿Lo vas a apalear?». Y, mientras tanto, en mi corazón había una tristeza casi física, rayana en la náusea, tan grande que varias veces me detuve con la sensación de que vomitaría todo el horror que había entrado en mí debido a ese espectáculo. No recuerdo cómo llegué hasta casa y me acosté. Pero cuando me estaba quedando dormido, oí y vi de nuevo todo aquello y me levanté de un salto.

«Es evidente que él sabe algo que yo no sé —pensé del coronel—. Si yo supiera lo que él sabe, entendería lo que vi, y no me torturaría».

Pero por más vueltas que le daba, no lograba entender aquello que el coronel sabía y sólo por la noche logré conciliar el sueño, y eso después de haber ido a casa de un conocido y haber bebido con él hasta emborracharme.

¿Creen ustedes que en ese momento colegí que lo que había visto era algo malo? En absoluto. «Si se había hecho con tanta seguridad y a todos les había parecido ineludible, era porque ellos sabían algo que yo ignoraba», pensaba y me esforzaba en averiguar qué era. Pero me esforzara cuanto me esforzara, tampoco en adelante logré enterarme de qué se trataba. Y, como no me enteré, no pude enrolarme en el ejército, como era mi deseo, y no sólo no serví en el ejército, no serví en ningún lado ni para nada, como pueden ver.

—Bueno, bueno, ya sabemos hasta qué punto no sirvió usted para nada —dijo uno de nosotros—. Díganos mejor cuánta gente no habría servido para nada de no haber sido por usted.

—Eso sí que son tonterías —soltó con auténtico despecho Iván Vasílievich.

—Pero… y con el amor, ¿qué pasó?

—¿El amor? El amor a partir de ese día se fue menguando. Cuando ella, como solía ocurrirle con frecuencia, se quedaba pensativa con una sonrisa en el rostro, a mí de inmediato me venía a la mente el coronel en la plaza y, eso me producía desagrado e incomodidad, y así, poco a poco, la fui frecuentando cada vez menos. Y el amor acabó por desaparecer. Ya ven las cosas que ocurren y lo que modifica y reorienta la vida toda de un hombre. Y ustedes dicen… —concluyó.

TRES MUERTES

I

Era otoño. Por el camino principal transitaban un par de carruajes a trote ligero. En la primera carroza iban dos mujeres. Una era la señora, enjuta y pálida. La otra, la sirvienta, gruesa y satinadamente sonrosada. Sus cabellos cortos y resecos se abrían paso por debajo de su sombrero desteñido y ella, con su mano roja enfundada en un guante agujereado, los arreglaba con energía. Su pecho alto, envuelto en una gruesa manteleta, respiraba salud; sus vivos ojos negros unas veces seguían los campos en fuga a través de la ventana, otras lanzaban tímidas miradas a su señora, y otras atisbaban los rincones del carruaje. En las narices de la sirvienta, suspendido de una red, se mecía el sombrero del ama, sobre cuyas rodillas yacía un cachorrito; sus pies iban en alto a causa de las pequeñas cajas colocadas en el suelo que rebotaban haciendo un ruido que apenas se percibía debido al traqueteo de los muelles y el tintineo de los vidrios.

Con las manos sobre las rodillas y los ojos cerrados, la señora se mecía débilmente sobre los almohadones que le habían colocado detrás de la espalda y, frunciéndose ligeramente, se tragaba la tos. Llevaba una cofia de noche blanca en la cabeza y una pañoletita azul cielo alrededor del cuello blanco y delicado. Una raya recta que salía de debajo de la cofia separaba los cabellos castaños, extraordinariamente lacios y untados con pomada, y en la blancura de la piel de esa espaciosa raya había algo seco, mortecino. La piel fofa, un poco amarillenta, no se ajustaba a los finos y hermosos rasgos de la cara, que sólo en las mejillas y los pómulos tenía color. Los labios estaban secos e inquietos, las ralas pestañas no se rizaban y el paño de su bata de viaje formaba pliegues rectos sobre sus caídos pechos. A pesar de que sus ojos estaban cerrados, el rostro de la señora denotaba cansancio, irritación y un sufrimiento al que ya se había habituado.

El lacayo, recodándose en su asiento, dormitaba en el pescante; el cochero del correo, gritando con vivacidad, arreaba a la sudada cuadriga, volviéndose de vez en cuando a ver al otro cochero, que gritaba desde la calesa de atrás. Las paralelas y anchas huellas de las ruedas se extendían rápida y uniformemente por el calizo barro del camino. El cielo estaba gris y frío, una neblina húmeda se derramaba sobre los campos y el camino. En la carreta había una atmósfera sofocante y olía a agua de colonia y a polvo. La enferma echó la cabeza hacia atrás y abrió los ojos lentamente. Sus grandes ojos eran brillantes y de un hermoso color oscuro.

—¡Otra vez! —dijo, apartando nerviosa con su bonita y enflaquecida mano el borde del abrigo de la sirvienta que apenas si le había rozado la pierna, y su boca se crispó dolorosamente. Matriosha retiró su abrigo con ambas manos, se incorporó sobre sus fuertes pies y se sentó un poco más lejos. Su lozano rostro se cubrió de un carmín encendido. Los hermosos ojos oscuros de la enferma seguían ávidos los movimientos de la criada. La señora se apoyó con sus dos manos sobre el asiento en un intento de incorporarse, pero las fuerzas le fallaron. Su boca se crispó de nuevo, y su rostro todo se descompuso en una expresión de ironía impotente y cruel.

—¡Por lo menos podrías ayudarme!… ¡Bah, no hace falta! ¡Yo sola puedo, pero no me pongas estos bultos tuyos atrás si no sabes cómo, hazme el favor! ¡Y mejor no me toques si no sabes hacerlo!

La señora cerró los ojos y, alzando de nuevo rápidamente los párpados, echó una mirada a la sirvienta. Cada vez que Matriosha la miraba, se mordía el rojo labio inferior. Un penoso suspiro se gestó en el pecho de la enferma, pero el suspiro, antes de haberse consumado, ya se había convertido en tos. Se volvió de espaldas, se encogió y se apretó el pecho con ambas manos. Cuando pasó la tos, cerró de nuevo los ojos y se quedó sentada sin moverse. La carroza y la calesa entraron en la aldea. Matriosha sacó su mano regordeta de debajo de la manteleta y se santiguó.

—¿Y ahora? —preguntó la dama.

—La estación de postas, señora.

—¿Y ahora por qué te santiguas te pregunto?

—Una iglesia, señora.

La enferma se volvió hacia la ventana y lentamente comenzó a santiguarse mientras miraba con los ojos bien abiertos la iglesia grande del pueblo que la carroza iba dejando atrás.

La carroza y la calesa se detuvieron al mismo tiempo en la estación. El esposo de la mujer enferma y el doctor salieron de la calesa y se acercaron a la carroza.

—¿Cómo se siente? —preguntó el doctor, tomándole el pulso.

—¿Cómo estás, querida? ¿No estás cansada? —le preguntó el marido en francés—, ¿quieres salir?

Matriosha, tras recoger los líos, se pegó a una esquina para no interferir en la conversación.

—Más o menos, como siempre —respondió la enferma—. No, no saldré.

El marido permaneció un momento a su lado y luego entró en la estación. Matriosha salió de la carroza de un salto y en medio del barro corrió de puntillas hasta el portón.

—Que yo me sienta mal no es razón para que usted no almuerce —con una sonrisa apenas esbozada dijo la enferma al doctor que estaba de pie junto a la ventanilla.

«A nadie le importa lo que me ocurra —añadió para sí misma cuando el médico, que con paso lento se había alejado de ella, llegó a trote hasta los escalones de la estación—. Ellos están bien, así que… ¡qué más les da! ¡Oh, Dios mío!».

—Y bien, Eduard Ivánovich —dijo el marido con una sonrisa y frotándose las manos cuando se encontró con el médico—, he ordenado que traigan la cantina con los alimentos, ¿qué le parece la idea?

—No está mal —respondió el médico.

—Y a ella, ¿cómo la ve? —preguntó el marido con un suspiro, bajando la voz y levantando las cejas.

—Ya se lo había yo dicho: imposible que llegue a Italia, si acaso, con suerte, llegará a Moscú. Sobre todo con este tiempo.

—¿Qué hacemos? ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! —el marido se tapó la cara con las manos—. Déjala aquí —añadió para la persona que llegaba con la cantina.

—Tenían que haberse quedado —alzando los hombros respondió el doctor.

—Pero, dígame, ¿qué podía yo hacer? —replicó el marido—, hice todo lo que pude para disuadirla, hablé de los medios, de los hijos a los que no deberíamos dejar, de mis asuntos, pero ella no quería oír nada. Hace planes para una vida en el extranjero como si estuviera sana. Y revelarle en qué situación se encuentra, sería matarla.

—Pero si ya está muerta, Vasili Dmítrich, es menester que lo sepa. Ningún ser humano puede vivir cuando ya no tiene pulmones, y los pulmones no retoñan. Es triste, es penoso, pero… ¿qué se puede hacer? Nuestro deber ahora, el suyo y el mío, es hacer que su final sea lo más sereno posible. Aquí hace falta un confesor.

—¡Ay, Dios mío! Entienda usted mi situación al tener que hablarle de la última voluntad. Que sea lo que tenga que ser, pero yo no voy a decírselo. Usted sabe lo buena que ella es…

—De todas maneras, intente convencerla de quedarse aquí hasta que se pueda viajar en trineo —dijo el doctor, moviendo significativamente la cabeza—, porque por el camino podría ocurrir una desgracia…

—¡Aksiusha, eh, Aksiusha! —chillaba la hija del maestro de postas habiéndose echado su chaquetita sobre la cabeza y pisando, ya con un pie, ya con el otro, el sucio cobertizo de servicio—, vamos a ver a la dama de Shirkino, dicen que se la llevan al extranjero por un mal del pecho. ¡Yo nunca he visto todavía cómo son los tísicos!

Aksiusha salió al umbral a toda prisa, y ambas, tomándose de las manos, corrieron hasta más allá de la puerta. Al llegar a la carroza aflojaron el paso y miraron por la ventanilla bajada. La enferma volvió la cabeza hacia ellas, pero al advertir su curiosidad, se enfurruñó y les dio la espalda.

—¡Maaadre mía! —dijo la hija del maestro de postas, volviendo rápidamente la cabeza—. Era de una belleza extraordinaria, ¿y qué ha quedado? Hasta da miedo. ¿La has visto? ¿Aksiusha, la has visto?

—¡Sí, qué flaca está! —estuvo de acuerdo Aksiusha—. Vamos a verla otra vez, como si fuéramos al pozo. Aunque nos haya dado la espalda, sí alcancé a verla. Qué triste, Masha.

—¡Y qué cantidad de lodo! —respondió Masha, y ambas corrieron de regreso hasta la puerta.

«Debo de estar espantosa, ya se ve —pensó la enferma—. ¡Pronto, pronto al extranjero, ahí me repondré rápidamente!».

—¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes, querida? —le preguntó el marido, acercándose a la carroza y terminando de masticar un bocado.

«No sabe preguntar otra cosa —pensó la enferma—, pero eso sí, bien que come».

—Más o menos —dejó escapar entre dientes.

—Sabes, querida, temo que sea peor para ti continuar el viaje con este clima, y Eduard Ivánich opina lo mismo. ¿No sería mejor que regresáramos?

Ella, enfadada, guardaba silencio.

—Puede ser que el clima mejore, que el camino sea más transitable, y que tú te sientas mejor; entonces podríamos ir todos juntos.

—Discúlpame. Si no te hubiese hecho caso todo este tiempo, ahora me encontraría en Berlín y estaría completamente sana.

—¿Qué se puede hacer, ángel mío? Era imposible, tú lo sabes. Pero ahora, si te quedaras un mes, te repondrías notablemente; yo podría terminar mis asuntos, y podríamos llevar con nosotros a los niños…

—Los niños están sanos y yo no.

—Pero entiende, querida, que con este clima, si de pronto empeoraras hallándonos en camino… mejor, por lo menos, que estemos en casa.

—¿Y qué que estemos en casa?… ¿Morir en casa? —iracunda respondió la enferma. Pero la palabra morir, al parecer, la asustó, y miró suplicante e interrogativa a su marido. Él bajó los ojos y guardó silencio. La boca de la enferma de pronto se arqueó de manera infantil, y las lágrimas brotaron de sus ojos. El marido se tapó la cara con el pañuelo y en silencio se alejó de la carroza.

—No, de todos modos emprenderé el viaje —dijo la enferma, levantó los ojos al cielo, cruzó los brazos y se puso a balbucir palabras inconexas—. ¡Dios mío! ¿Por qué? —decía, y las lágrimas se derramaban más abundantes.

Rezó larga y fervorosamente, pero el dolor y la opresión seguían en el pecho; el cielo, los campos y el camino continuaban estando grises y encapotados, y la misma niebla otoñal se derramaba igual que siempre, ni más frecuente ni más espaciadamente, sobre el barro del camino, los tejados, la carroza y los toscos abrigos de piel de los cocheros que conversaban con voces sonoras y alegres mientras engrasaban y enganchaban el carruaje…

II

El carruaje ya estaba enganchado; pero el cochero se tomaba su tiempo. Había entrado en la isba de postas. En la isba hacía calor, bochorno, oscuridad; el aire estaba enrarecido, olía a cerrado, a pan recién horneado, a col y a piel de oveja. Varios cocheros se hallaban en la habitación, la cocinera trajinaba cerca de la estufa. Encima de ésta, sobre unos pellejos de oveja, yacía el enfermo.

—¡Don Jiódor!, oiga, ¡don Jiódor! —dijo un muchacho joven, un cochero con un tosco abrigo de piel y un látigo encajado detrás del cinturón, al entrar en el cuarto y volverse hacia donde estaba el enfermo.

—¿Qué haces, parlanchín, molestando a Fedka? —intervino uno de los cocheros—. Anda, te están esperando en el carruaje.

—Quiero pedirle sus botas; las mías ya son un puro agujero —respondió el muchacho sacudiendo los cabellos y remetiendo las manoplas también por detrás del cinturón—. ¿Estará dormido? Oiga, don Jiódor… —repitió acercándose a la estufa.

—¿Qué? —se oyó una voz débil, y un rostro pelirrojo y enjuto asomó desde arriba de la estufa. La mano ancha, enflaquecida y pálida, cubierta de vello, se echaba con dificultad el grueso abrigo de paño sobre el hombro huesudo apenas cubierto por un sucio sayal—. Dame un poco de agua, hermano; ¿qué quieres?

El muchacho le pasó una jícara con agua.

—Es que, Fedia —dijo con voz vacilante—, ¿qué falta te hacen a ti unas botas nuevas? Dámelas, tú no vas a volver a caminar.

El enfermo dejó caer la cansada cabeza sobre la reluciente jícara y, remojando en el agua oscura sus bigotes ralos y alicaídos, bebió con avidez y debilidad. Su embrollada barba estaba sucia, sus ojos hundidos y apagados se levantaron con dificultad hacia la cara del muchacho. Tras apartarse del agua, quiso levantar la mano para secarse los labios mojados, pero no pudo y se los secó con la manga del abrigo. En silencio y respirando con dificultad por la nariz, miró al muchacho directamente a los ojos, haciendo acopio de lo que le quedaba de fuerza.

—A lo mejor ya se las has prometido a alguien —dijo el muchacho—, entonces ya ni para qué. Lo que pasa es que allá fuera está chispeando y yo me tengo que ir a trabajar y pues pensé: a ver, voy a ir a pedirle a Fedka sus botas; él, me parece a mí, ya ni las va a necesitar. Pero si a lo mejor las necesitas, pues dímelo…

En el pecho del enfermo algo se puso a refunfuñar y a gruñir; se incorporó y una tos de laringe, que no acababa de resolverse, hacía que se asfixiara.

—Para qué las iba a necesitar —restalló de pronto la voz enojada de la cocinera y resonó por toda la isba—, hace más de un mes que no se apea de la estufa. Mira, se le desgarra la garganta, hasta a mí me duelen las entrañas sólo de oírlo. ¿Para qué iba a necesitar las botas? Ni que lo fueran a enterrar con botas nuevas. Hace mucho ya que tenía que estar bajo tierra, Dios me perdone el pecado. Mira, parece que fuera a echar los pulmones. A lo mejor habría que llevarlo a otra isba, o ¿¡adonde!? Dicen que allá en la ciudad hay hospitales para esto; porque, ¿qué es esto? Me tiene ocupado el rincón entero, ¡ya basta! No tengo espacio para nada. Y encima me exigen que esté limpio.

—¡Eh, Serioga! A tu puesto, te están esperando los señores —gritó desde la puerta el maestro de postas.

Serioga se dispuso a marcharse sin haber esperado la respuesta, pero el enfermo, durante un acceso de tos, le hizo saber con los ojos que quería responderle.

—Llévate las botas, Serioga —le dijo, tras vencer la tos y reponerse un poco—. Pero, óyeme, cuando me muera, cómprame una lápida —añadió con un ronquido.

—Gracias; entonces me las llevo, y la lápida, claro que te la compro.

—Ya lo han oído, muchachos —todavía logró articular el enfermo antes de doblarse de nuevo y empezar a toser.

—Sí, lo hemos oído —dijo uno de los cocheros—. Anda, Serioga, ve a tu puesto, que ahí viene otra vez el maestro de postas. La señora de Shirkino está enferma.

Serioga se quitó con prontitud sus botas rotas y desmesuradamente grandes y las lanzó debajo de un banco. Las botas nuevas del tío Fiódor le quedaban que ni pintadas, y Serioga, sin conseguir quitarles la vista de encima, se dirigió al carruaje.

—¡Ah, qué botas tan buenas! Dámelas, te las engraso —dijo un cochero con la grasa en la mano en el momento en que Serioga, subiéndose al pescante, tomaba las riendas—. ¿Te las ha regalado?

—No tendrás envidia —respondió Serioga, incorporándose y envolviéndose las piernas con los faldones del abrigo—. ¡Andando! ¡Vámonos, amigos! —les gritó a los caballos, haciendo restallar el látigo; y la calesa y la carroza con sus viajeros, sus maletas y sus cocheros, ocultándose en la niebla gris del otoño, rodaron veloces por el húmedo camino.

El cochero enfermo se quedó en la isba sofocante, encima de la estufa y, tras un esfuerzo sobrehumano y sin haber logrado expectorar, consiguió acostarse sobre el otro costado y se calmó.

En la isba, hasta bien entrada la tarde, unos llegaban, otros se iban, otros comían; al enfermo no se le oía. Antes de que cayera la noche, la cocinera se encaramó a la estufa y pasando por encima de las piernas del enfermo, cogió el abrigo.

—No te enojes conmigo, Nastasia —balbució el enfermo—, dentro de no mucho desocuparé tu rincón.

—Bueno, bueno, tranquilo, no pasa nada —farfulló Nastasia—. ¿Qué es lo que te duele, tío? Dime.

—Como si todo lo de adentro ya no pudiera más. Sabrá Dios qué será.

—Seguro que también te duele la garganta, con esa manera de toser.

—Me duele todo. Me ha llegado la muerte: eso es. ¡Ay, ay, ay! —gimió el enfermo.

—Tápate los pies, así —dijo Nastasia, cubriéndolo con el abrigo mientras se bajaba de la estufa.

Por la noche una lamparilla alumbraba apenas la isba. Nastasia y unos diez cocheros dormían por el suelo y encima de los bancos y roncaban de forma estrepitosa. Sólo el enfermo se quejaba débilmente, tosía y se revolvía encima de la estufa. Al amanecer se calmó para siempre.

—Acabo de tener un sueño muy raro —dijo la cocinera a la mañana siguiente, mientras se desperezaba aún en la penumbra—. Era como si el tío Jiódor se hubiera bajado de la estufa y se hubiera ido a cortar leña. «Déjame echarte una mano, Nastia», me decía; y yo le decía: «¡Cómo vas a cortar la leña tú!», pero entonces él agarraba el hacha y se ponía a cortar muy pero que muy aprisa, sólo las astillas volaban. «¿Qué ha pasado?», le decía yo, «pero si tú estabas enfermo». «No», me decía, «estoy sano», y cuando alzó los brazos me entró hasta miedo. Iba a gritar y entonces me desperté. No se habrá muerto, ¿verdá? ¡Tío Jiódor! ¿Me oyes?

Fiódor no respondía.

—¿Se habrá muerto? Mira a ver —dijo uno de los cocheros que ya había despertado.

La delgada mano que colgaba de la estufa, cubierta de un vello rojizo, estaba fría y pálida.

—Anda a decirle al maestro de postas, parece que se ha muerto —dijo el cochero.

Fiódor no tenía parientes, era de lejos. Al día siguiente lo enterraron en el cementerio nuevo, detrás del bosque, y durante varios días Nastasia les contaba a todos el sueño que había tenido, y que ella había sido la primera en darse cuenta de la muerte del tío Fiódor.

III

Llegó la primavera. En las calles mojadas, por entre los enlodados montones de nieve, gorgoreaban presurosos arroyuelos; el colorido de las ropas y los sonidos del habla del pueblo en movimiento eran esplendentes. Detrás de las vallas, en los pequeños jardines, se hinchaban los brotes de los

árboles, y sus ramas se mecían sin apenas hacer ruido movidas por el viento fresco. Por todos lados caían y chorreaban goterones… Los gorriones piaban y revoloteaban con torpeza agitando sus alitas. Del lado del sol, en las cercas, las casas y los árboles, todo se movía y resplandecía. Había júbilo y juventud tanto en el cielo como en la tierra y en el corazón de las personas.

En una de las calles principales, frente a una gran casa residencial, habían esparcido paja fresca; en la casa se hallaba aquella misma enferma moribunda, que tanta prisa tenía por llegar al extranjero.

De pie, junto a las puertas cerradas de la habitación, se hallaba el marido de la enferma con una mujer de edad. El sacerdote se encontraba sentado en el sillón, los ojos bajos y sosteniendo algo envuelto en la estola. En la esquina, recostada sobre un sillón Voltaire, había una ancianita, la madre de la enferma, que lloraba amargamente. A su lado, una sirvienta tenía en la mano un pañuelo limpio, en espera de que la anciana se lo pidiera; otra le frotaba las sienes con algo y le abanicaba la cana cabeza por debajo de la cofia.

—Que Dios la ayude, querida —dijo el marido a la mujer de edad que estaba a su lado junto a la puerta—, ella le tiene tanta confianza, usted sabe hablarle tan bien, convénzala, palomita, ande.

Pero en el momento en el que él quiso abrirle la puerta, su prima lo detuvo, se pasó varias veces el pañuelo por los ojos y sacudió la cabeza.

—Ahora sí, creo, no se nota que he llorado —dijo y, abriendo ella misma la puerta, entró.

El marido estaba muy inquieto y parecía completamente desconcertado. Se dirigió hacia la anciana, pero cuando le faltaban unos cuantos pasos para llegar, dio media vuelta, caminó por la habitación y se acercó al sacerdote, que lo miró, elevó las cejas al cielo y suspiró. La barba cerrada y canosa también subía y bajaba.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —dijo el marido.

—¿Qué hacer? —dijo suspirando el sacerdote, y de nuevo sus cejas y su barba subieron y bajaron.

—¡Y su mamá aquí! —exclamó el marido casi con desesperación—. No lo soportará. Quererla tanto, tanto, como ella… no sé. Quizá podría intentar

tranquilizarla, señor cura, y convencerla para que se vaya.

El sacerdote se levantó y se acercó a la anciana.

—Es verdad que nadie es capaz de valorar el corazón de una madre —dijo—, sin embargo, Dios es misericordioso.

El rostro de la anciana comenzó de pronto a contraerse, y fue presa de un hipo histérico.

—Dios es misericordioso —continuó el sacerdote, cuando ella se hubo calmado ligeramente—. Le cuento que en mi parroquia había un enfermo, mucho peor que Maria Dmitrievna, y bueno, un parroquiano lo curó con hierbas en poco tiempo. Es más, el parroquiano en cuestión ahora está en Moscú. Ya se lo he dicho a Vasili Dmitrievich, se podría probar. Por lo menos sería un consuelo para la enferma. Dios lo puede todo.

—No, ya no vivirá —dijo la anciana— ¿por qué Dios la recoge a ella en vez de a mí? —Y el hipo histérico aumentó de tal manera que perdió el sentido.

El marido de la enferma se tapó la cara con las manos y se apresuró a salir de la habitación.

En el corredor, con quien primero se encontró fue con un niño de seis años, que corría a todo correr intentando dar alcance a una niña más pequeña.

—¿No quiere que lleve a los niños a ver a su mamá? —preguntó la nana.

—No, no quiere verlos. La mortificaría.

El niño se detuvo un momentito, se quedó mirando fijamente la cara de su padre, de pronto soltó una coz con su piernita y, lanzando un jubiloso grito, prosiguió su carrera.

—¡Parece el caballo negro, papá! —gritó el niño, señalando a su hermana.

Entre tanto, en otra habitación, la prima estaba sentada al lado de la enferma y mediante una hábil conversación procuraba hacerla a la idea de la muerte. El médico removía el remedio cerca de la ventana.

La enferma, con una bata blanca, estaba sentada en la cama y, completamente rodeada de cojines, miraba en silencio a la prima.

—Ay, querida —dijo de pronto interrumpiéndola—, no trate de embaucarme. No piense que soy una niña. Soy cristiana. Lo sé todo. Sé que me queda poco tiempo de vida, sé que si mi marido me hubiese hecho caso antes, ahora estaría en Italia y, tal vez, o más bien casi seguro, habría sanado. Todos se lo decían. Pero, qué se puede hacer, está claro que se hizo lo que Dios dispuso. Todos hemos cometido muchos pecados, yo lo sé; pero tengo fe en la clemencia divina que todo lo perdona, seguramente, todo lo perdona. Intento comprenderme a mí misma. Yo también cometí muchos pecados, querida. Y cuánto sufrí por ellos. Intenté llevar con resignación mis sufrimientos…

—¿Llamamos, pues, al sacerdote, querida? Se sentirá usted mejor cuando haya comulgado —dijo la prima.

La enferma bajó la cabeza en señal de consentimiento.

—¡Dios!, perdóname a mí, pecadora —dijo en voz muy queda.

La prima salió y con un movimiento de cabeza pidió al sacerdote que entrara.

—¡Es un ángel! —le dijo con lágrimas en los ojos al marido de la enferma.

El marido se echó a llorar, el sacerdote atravesó la puerta, la anciana seguía sin conocimiento, y en la habitación reinó un silencio absoluto. Al cabo de cinco minutos el sacerdote asomó por la puerta y, tras quitarse la estola, se arregló los cabellos.

—Gracias a Dios ahora está tranquila —dijo—, desea verlos.

La prima y el marido entraron. La enferma lloraba en voz baja, mirando el icono.

—Te felicito, querida —dijo el marido.

—¡Muchas gracias! Cuánto mejor me encuentro ahora, qué dulzura incomprensible siento —decía la enferma, mientras una tenue sonrisa retozaba en sus delgados labios—. ¡Cuán misericordioso es Dios! ¿No es verdad que es misericordioso y todopoderoso?

Y de nuevo, con ávida súplica miró el icono con sus ojos llenos de lágrimas.

Al cabo de un momento, pareció acordarse de algo. Hizo señas a su marido para que se acercara.

—Nunca quieres hacer lo que te pido —le dijo con voz débil y disgustada.

El marido, estirando el cuello, la oía resignado.

—¿Qué, querida?

—Cuántas veces te dije que estos médicos no saben nada, que hay curanderos sencillos, que son ellos los que le devuelven a uno la salud… Me acaba de decir el sacerdote que… un burgués pobre… ¡Vamos!

—¿A buscar a quién, querida?

—¡Ay, Dios mío! ¿¡Por qué insiste en no entender nada!?… —y la enferma frunció el entrecejo y cerró los ojos.

El médico se acercó hasta ella y le tomó la mano. El pulso era cada vez más débil. Miró al marido y le hizo una señal con la cabeza. La enferma notó ese gesto y miró alrededor asustada. La prima le dio la espalda y se echó a llorar.

—No llores, no te atormentes ni me atormentes —dijo la enferma—, esto me quita lo poco que me queda de serenidad.

—¡Eres un ángel! —dijo la prima, besándole la mano.

—No, bésame aquí, sólo a los muertos les besan las manos. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Esa misma noche la enferma ya era cadáver, y el cadáver, dentro del ataúd, yacía en el salón de la gran casa. En la habitación grande y con las puertas cerradas, estaba sentado un sacristán que, con voz nasal y monótona, recitaba los salmos de David. La viva luz de los cirios se derramaba desde los altos candelabros de plata sobre la pálida frente de la difunta, sus pesadas manos céreas y los rígidos pliegues del sudario que se levantaban de forma trágica sobre las rodillas y los dedos de los pies. El sacristán, sin comprender lo que salmodiaba, seguía leyendo acompasadamente y en la silenciosa habitación sus palabras sonaban y morían extrañas. De vez en cuando, desde una habitación lejana, llegaban las voces de los niños y el ruido de sus pasitos.

«Si tú escondes tu rostro, se conturban —decía el salterio—; si les quitas el espíritu, expiran y vuelven al polvo. Si mandas tu espíritu, se recrían y así renuevas la faz de la tierra. Sea eterna la gloria de Yahvé».

El rostro de la difunta era severo, tranquilo y majestuoso. Nada se movía en la frente fría y pura, ni en los labios fuertemente apretados. Era todo atención. ¿Comprendería por lo menos ahora la grandeza de estas palabras?

IV

Un mes más tarde, sobre la tumba de la difunta se elevaba una capilla de piedra. Sobre la tumba del cochero no había ninguna piedra todavía, sólo la hierba de un verde claro se abría paso en el montículo, único indicio de la existencia pasada de un ser humano.

—Te caerá un pecado, Serioga —le dijo un día la cocinera en la estación—, si no le compras la piedra a Jiódor. Primero decías que dizque porque era invierno, pero ahora ¿por qué no cumples tu palabra? Yo estaba ahí. Ya vino una vez a pedírtelo, y si no se la compras, va a venir otra vez, y te va a ahogar.

—¿Acaso me estoy desdiciendo? —respondió Serioga—, le voy a comprar la piedra, como le dije, se la voy a comprar, una de rublo y medio. No lo he olvidado, pero es que hay que traerla. Apenas vaya a la ciudad, se la compro.

—Aunque fuera una cruz tendrías que haberle puesto —intercedió el cochero viejo—, porque, la verdad sea dicha, está muy mal. Las botas bien que las usas.

—¿Y dónde la consigo, la cruz? De un tronco no sale, ¿o sí?

—Pero cómo dices que de un tronco no sale. Coge el hacha y vete bien tempranito al bosque, seguro que sale. No será que no vas a poder talar un fresno. Ahí tienes pa’ todita la cruz. Y llévale vodka al guardabosques. No por cada tontería puede uno beberse con él un vodka. Mira, yo, el otro día rompí una pértiga, corté otra que no estaba mal, y nadie me dijo ni una palabra.

Muy temprano por la mañana, casi con el alba, Serioga tomó el hacha y se fue al bosque.

El rocío aún caía, extendiéndose sobre todas las cosas como un velo mate y frío que el sol no había iluminado todavía. El oriente se esclarecía de manera imperceptible reflejando su débil luz en la bóveda celeste cubierta por unas cuantas nubes vaporosas. No se movía ni una brizna de hierba en el suelo, ni una hoja en lo alto. Sólo de vez en cuando algún murmullo de alas en las frondas de los árboles o algún susurro a ras de tierra rompían el silencio del bosque. De pronto un sonido extraño, ajeno a la naturaleza, resonó y se apagó en el linde del bosque. Al poco, el sonido se escuchó de nuevo y comenzó a repetirse a intervalos regulares abajo, en el tronco de uno de los árboles inmóviles. Una de las copas vaciló de forma insólita, sus jugosas hojas algo murmuraron y un petirrojo, sentado en una de sus ramas, revoloteó silbando un par de veces y, extendiendo la cola, fue a sentarse en otro árbol.

El hacha sonaba al pie del tronco, cada vez más sordamente, astillas blancas y lechosas volaban hasta la hierba cubierta de rocío y, ahí donde sonaban los golpes, se oyó un leve chasquido. El árbol se estremeció con todo su cuerpo, se ladeó y rápidamente se enderezó de nuevo, oscilando asustado sobre sus raíces. Por un instante todo quedó en silencio, pero el árbol volvió a ladearse, en su tronco volvió a oírse el chasquido y, rompiendo sus ramas y destrozando sus varas, fue a dar con su copa sobre la tierra húmeda. Los sonidos del hacha y de los pasos dejaron de oírse. El petirrojo silbó y voló más alto. La rama que habían rozado sus alitas vaciló unos momentos y luego se quedó quieta, como las otras, con todas sus hojas. Las quietas ramas de los árboles lucían con mayor alegría en el nuevo espacio que acababa de abrirse.

Los primeros rayos del sol, atravesando una nube que los interceptaba, resplandecieron en el cielo y recorrieron veloces la tierra y el cielo. La niebla fue difuminándose a oleadas por encima de los valles; el rocío, lanzando destellos, se puso a juguetear sobre la hierba; las transparentes nubecillas teñidas de blanco se dispersaron presurosas por la bóveda celeste. Los pájaros revoloteaban en el bosque y, como extraviados, gorjeaban una canción feliz; las jugosas hojas murmuraban alegres y tranquilas en las copas, y las ramas de los árboles vivos, lenta y

majestuosamente, comenzaron a moverse por encima del árbol muerto, caído.

¿CUÁNTA TIERRA NECESITA UN HOMBRE?

I

La hermana mayor fue de la ciudad a la aldea a visitar a su hermana menor. La mayor estaba casada con un comerciante y vivía en la ciudad, la menor con un campesino y vivía en la aldea. Las hermanas se sentaron a tomar el té y conversaron. La mayor comenzó a jactarse de las ventajas de vivir en la ciudad, hablando de lo limpia y espaciosa que era su casa, de lo bien que engalanaba a los niños, lo bien que comía y bebía y de cómo salía de paseo en carroza e iba a patinar y al teatro.

La hermana menor se sintió agraviada y se puso a rebajar la vida de los comerciantes y a ensalzar la suya, campesina.

—Yo no cambiaría —dijo— mi forma de vivir por la tuya. Puede que nuestra vida sea gris, pero no conocemos el miedo. Vosotros tenéis un estilo de vida más refinado, a veces ganáis más de lo que necesitáis pero otras lo perdéis todo. Acuérdate del dicho: lo poco abasta, y lo mucho se gasta. Con frecuencia, los que un día son ricos, al otro están pidiendo limosna. En cambio nuestro modo campesino es más seguro: el campesino tiene una vida más estable y más larga; no seremos ricos, pero tenemos qué comer.

La hermana mayor dijo:

—Sí, pero entre cerdos y terneros. ¡Ni elegancia ni modales! Por mucho que faene tu labriego, tal y como vivís, en medio del estiércol, así vais a morir y lo mismo les ocurrirá a vuestros hijos.

—¿Y qué? —contestó la menor—, son los gajes de nuestro oficio. A cambio tenemos seguridad, no doblamos el espinazo ante nadie, ni le tenemos miedo a nadie. Vosotros, en la ciudad, vivís rodeados de tentaciones; hoy todo va bien, y mañana el diablo aparece y tienta a tu labriego con las cartas, el alcohol, o con alguna bella mujer. Y sólo quedarán cenizas. ¿Acaso no ocurre con frecuencia?

Oía Pajom —el dueño de casa— echado en lo alto de la estufa lo que las mujeres parloteaban.

—Es la pura verdad —pensó—. Abocados desde niños a la tierra madre, no se nos meten ideas tontas en la cabeza. ¡Lo único malo es que la tierra es poca! ¡Si tuviera tierra a voluntad, no le temería ni al mismísimo diablo!

Las mujeres terminaron el té, todavía charlaron un poco de vestidos, recogieron los cacharros y se fueron a dormir.

Pero el diablo estaba detrás de la estufa y lo había escuchado todo. Se alegró de que la esposa del campesino hubiera incitado a su marido a fanfarronear y a decir que, de tener más tierra, no le temería ni al mismo diablo.

«Muy bien —pensó—, tú y yo vamos a hacer una apuesta. Yo te daré mucha tierra, pero por medio de esa misma tierra me apoderaré de ti».

II

Al lado de la aldea vivía una mujer, una pequeña terrateniente que poseía unas ciento veinte desiatinas[2] de tierra. Siempre había vivido en paz con los campesinos, sin perjudicarles en nada, hasta que contrató a un soldado retirado para que trabajara como intendente, y éste comenzó a importunar a los campesinos con multas. Por mucho cuidado que tuviera Pajom, una y otra vez ocurría que, o bien el caballo se escapaba hacia la cebada de la señora, o bien la vaca se metía en su jardín, o los terneros se introducían en sus prados, y cada vez debía pagar una multa.

Pajom pagaba, pero luego maltrataba e insultaba a su familia. Tuvo muchos problemas a causa de ese intendente a lo largo del verano. Tantos, que se alegró cuando llegó el invierno y hubo que dejar al ganado en el establo. Lo lamentó por el forraje, pero no pudo dejar de sentirse feliz al verse libre de esa angustia constante.

Durante el invierno corrió el rumor de que la señora iba a vender sus tierras y el dueño de la posada, situada en el camino principal, estaba negociando la compra con ella. Los campesinos se enteraron y comenzaron a lamentarse.

«Si las tierras van a dar a manos del dueño de la posada —pensaron—, no dejará de importunarnos con sus multas, tanto o más que el intendente de la señora. No podemos vivir sin esas tierras; vamos todos juntos a verla».

Los campesinos fueron, como comunidad, a ver a la mujer y le pidieron que no vendiera las tierras al posadero, que se las diera a ellos. Le ofrecieron un mejor precio y la mujer aceptó. Entonces los campesinos intentaron arreglar la compra de toda la tierra para trabajarla en comunidad; se reunieron una vez, se reunieron una segunda vez y hablaron del asunto, pero no hubo resultados. El maligno sembraba la discordia y no se podía llegar a ningún acuerdo. Así que los campesinos decidieron comprar por separado, cada uno según sus posibilidades. La señora aceptó esta propuesta del mismo modo que había aceptado la otra.

Pajom se enteró de que un vecino suyo había comprado a la señora veinte desiatinas y que ella había aceptado posponer un año el pago de la mitad del dinero. Sintió envidia.

«Comprarán toda la tierra —pensó—, y yo me quedaré sin nada».

De modo que fue a hablar del asunto con su esposa.

—La gente ya está comprando —le dijo—, nosotros también deberíamos comprar una decena de desiatinas. La vida se ha vuelto imposible: las multas del intendente han acabado con nosotros.

Se pusieron a pensar en cómo podían llevar a cabo la compra. Tenían ahorrados cien rublos. Vendieron un potro y la mitad de las abejas que poseían, pusieron a su hijo a trabajar y cobraron un sueldo por adelantado; además, le pidieron un préstamo a su cuñado. Así juntaron la mitad de lo que necesitaban.

Pajom reunió el dinero, eligió la tierra —quince desiatinas con un pequeño bosque—, y fue a hacer el trato con la señora. Negoció las quince desiatinas y llegaron al acuerdo de que le daría parte del dinero. Luego fueron a la ciudad y firmaron las escrituras; Pajom entregó la mitad del dinero y se comprometió a pagar la otra mitad en dos años.

Así fue como Pajom obtuvo su tierra. Pidió prestadas semillas y sembró la tierra recién comprada. La cosecha fue buena. En un año pagó sus deudas: con la señora y con su cuñado. Y Pajom se volvió todo un terrateniente: araba y sembraba su propia tierra, segaba el heno en su tierra,

obtenía la leña de los árboles que crecían en su tierra y alimentaba a su ganado en su tierra. Pajom salía a arar la tierra ahora suya para siempre o a contemplar los brotes de trigo y los verdes prados y no cabía en sí de gozo. Le parecía que en ella la hierba y las flores crecían de una manera diferente. Antes, cuando pasaba por allí, le parecía una tierra cualquiera; ahora era una tierra especial.

III

Así vivía Pajom y estaba contento. Todo habría ido bien si los campesinos que vivían alrededor no hubieran comenzado a alimentar su ganado en los prados y en los trigales de Pajom. Este les pidió de buena manera que dejaran de hacerlo, pero los campesinos continuaron: unas veces los pastores soltaban las vacas en sus prados, otras dejaban que los caballos que pastaban por la noche entraran en sus trigales. Pajom echaba a los animales, perdonaba a los campesinos y durante mucho tiempo no presentó ninguna denuncia. Finalmente acabó por cansarse y se quejó en el volost[3]. Sabía que los campesinos actuaban impulsados por la estrechez, que no lo hacían premeditadamente, pero pensó: «No puedo seguir permitiéndolo porque acabarán con todo lo que tengo. Debo darles una lección».

Así que apeló a un juicio y les dio una lección, luego otra; multaron a uno, luego a otro. Los campesinos de los alrededores comenzaron a sentir rencor hacia él y a soltar a sus animales a propósito en sus campos. Hubo quien incluso fue al bosquecillo por la noche y cortó una decena de tilos jóvenes, para hacer cestas con su corteza. Un día que Pajom pasaba por el bosque vislumbró un blanco. Se acercó y vio en el suelo los troncos de varios tilos sin corteza. Los tocones estaban a ras de tierra. Si por lo menos hubiera cortado uno aquí y otro allá… pero el malvado los cortó todos seguidos.

«Ah —pensaba—, si me pudiera enterar de quién hizo esto, me las pagaría».

Pensó y pensó en quién podía haberlo hecho. Por fin llegó a una conclusión: «No puede ser otro que Semión». De modo que se dirigió a la

granja de Semión a averiguar, pero no encontró nada, y sí se peleó con él. Esto no hizo más que aumentar su certeza de que el culpable era Semión. Presentó una demanda. Los llamaron a juicio. Se estudió el caso y finalmente absolvieron al campesino: no había pruebas. Pajom se sintió más ofendido todavía y descargó su furia contra el alcalde y los jueces.

—Ustedes —les dijo—, tienden la mano a los ladrones. Si vivieran conforme a la verdad, no dejarían libre a ningún ladrón.

Pajom se enemistó, pues, con los jueces y con sus vecinos. Lo amenazaron, incluso, con prender fuego a su casa. Así que aunque Pajom ahora tenía más tierra, vivía oprimido por la comunidad.

Por esa época, corrió el rumor de que la gente se marchaba a nuevos lugares.

Pajom pensó: «Yo no tengo ninguna necesidad de dejar mis tierras, y si otros se van, tendremos más espacio. Podría quedarme con las tierras de los que se vayan y unirlas a las mías. Entonces viviría mejor. Ahora estamos demasiado apretujados».

Un día, estando Pajom en casa, llegó un campesino que se encontraba de paso. Le permitieron pasar la noche allí y le dieron de cenar. Pajom y el campesino se pusieron a charlar:

—¿De dónde vienes? —le preguntó Pajom.

El campesino contó que venía de abajo, de más allá del Volga, donde había estado trabajando. Una palabra seguía a otra y el hombre le contó que mucha gente estaba yendo a establecerse a esos lugares. Le dijo que algunos de los campesinos de su aldea se habían afincado allí, que se habían unido a la comunidad, y que les habían dado diez desiatinas de tierra por persona.

—Y es una tierra tan buena —dijo— que si siembras centeno, la paja crece tanto que un caballo no se ve, y es tan espesa que con cinco puñados ya haces una gavilla. Llegó un campesino pobre, muy pobre —continuó—, que no tenía otra cosa que sus manos y ahora tiene seis caballos y dos vacas.

El corazón de Pajom se encendió. Pensó:

«¿Para qué voy a vivir aquí como un pobre, en medio de la estrechez, si puedo vivir bien en otro lado? Venderé mis tierras y mis animales y con ese dinero me iré allá y comenzaré todo de nuevo. Es un pecado seguir aquí, en

esta estrechez. Me pondré en camino yo primero para enterarme de cómo están las cosas».

Se preparó para partir durante el verano. Bajó en barco por el Volga hasta Samara y luego recorrió cuatrocientas verstas a pie. Finalmente llegó al lugar. Todo era tal y como le había dicho el forastero. Los campesinos vivían holgadamente, les habían dado diez desiatinas de tierra a cada uno y los habían acogido sin reparos en su comunidad. Además, si tenían dinero, podían comprar tierra de la mejor calidad, toda la que quisieran y para siempre, a tres rublos la desiatina. ¡Toda la tierra que quisieran!

Pajom se enteró de todo, regresó a su casa en otoño y comenzó a vender sus bienes. Vendió su tierra con beneficios, vendió su granja y todo su ganado, se dio de baja de la comunidad, esperó la llegada de la primavera y se marchó con su familia a su nuevo lugar de asentamiento.

IV

Llegó Pajom con su familia a aquellos nuevos lugares y se inscribió en una comunidad en la aldea principal. Emborrachó a los ancianos y obtuvo todos los papeles. Aceptaron a Pajom y otorgaron a los cinco miembros de su familia parcelas por un total de cincuenta desiatinas de tierra en diversos campos, además del uso de los pastizales de la comunidad. Pajom construyó lo que necesitaba y compró ganado. La tierra que tenía sólo para él era tres veces mayor que la que había tenido antes. Además era tierra fértil para el trigo. Su vida era diez veces mejor de lo que había sido hasta entonces. Tenía toda la tierra para arar y forraje a voluntad. Podía tener todo el ganado que quisiera.

Al principio, mientras se establecía, todo le parecía bien, pero en cuanto se habituó, de nuevo sintió que esa tierra no era suficiente. El primer año sembró trigo en la tierra que le pertenecía y obtuvo una buena cosecha. Pajom le tomó el gusto a sembrar trigo, pero su parcela le parecía insuficiente y la usada ya no servía. En esos lugares se siembra el trigo en terrenos vírgenes o de barbecho. Se siembra uno o dos años y luego se deja hasta que la tierra se vuelve a cubrir de hierba. Son muchos los campesinos

que desean esas parcelas, pero no hay suficientes para todos, de modo que suscitan pleitos. Los más ricos quieren sembrar ellos mismos, y los más pobres las quieren para dárselas a los comerciantes a cuenta de los tributos. Pajom quiso sembrar más trigo, así que fue a ver a un comerciante y le arrendó tierra por un año. Sembró más trigo y obtuvo una buena cosecha; pero el terreno quedaba lejos de la aldea: había que transportar la cosecha unas quince verstas. Después de un tiempo Pajom se enteró de que en el distrito algunos campesinos-comerciantes vivían en granjas aparte y se enriquecían. Entonces pensó: «El asunto está en comprar tierra a perpetuidad y construir una granja. De esa manera todo se solucionaría».

Y Pajom se puso a pensar en cómo podía comprar tierra a perpetuidad.

Así vivió tres años. Arrendaba tierras y sembraba trigo. Fueron años buenos, la cosecha era abundante, el trigo, de buena calidad y pudo empezar a ahorrar. Podía haber continuado viviendo de esa manera, pero se cansó de tener que arrendar, año tras año, la tierra de otros, y tener que pelear por ella, porque los campesinos llegaban enseguida a los lugares donde había buena tierra y se apropiaban de todo, y si no habías tenido tiempo de comprar, no tenías dónde sembrar. El tercer año arrendó a los campesinos, a medias con un comerciante, unos pastos; ya habían arado la tierra cuando tuvieron una disputa y los campesinos los llevaron a juicio; se perdió todo el trabajo.

«Si tuviera mi propia tierra —pensó Pajom—, no dependería de nadie y no tendría todos estos disgustos».

Pajom se puso a averiguar en dónde se podía comprar tierra a perpetuidad. Encontró a un campesino que había comprado quinientas desiatinas, pero se había arruinado y ahora vendía sus tierras a bajo precio. Pajom comenzó a negociar con él. Hablaron y hablaron y por fin llegaron al acuerdo de mil quinientos rublos, pagando la mitad del dinero más tarde. Ya casi habían cerrado el trato, cuando un mercader de paso se detuvo en casa de Pajom para dar de comer a sus caballos. Pajom y el mercader se sentaron a tomar el té y conversaron. El mercader le contó que venía de regreso de las lejanas tierras de los bashkirios. Allí, le dijo, había comprado cinco mil desiatinas de tierra. Todo por mil rublos. Pajom quiso saber más. El mercader le contó.

—Lo que hice fue —dijo—, hacerme amigo de los jefes. Les regalé túnicas y alfombras por valor de unos cien rublos, y además, un tsibik[4] de té y buen vino a quienes bebían. Así compré la tierra a unos veinte kopeks la desiatina.

Y mostró a Pajom las escrituras.

—La tierra —continuó—, está junto al río y la estepa es de barbecho.

Pajom le preguntó el qué y el cómo.

—Allí hay tanta tierra —añadió el comerciante—, que ni un año alcanzaría para recorrerla, y toda pertenece a los bashkirios. Pero son bobos como los borregos, así que si uno entra en tratos con ellos, puede conseguir tierra por muy poco dinero.

«Vaya —pensó Pajom—, ¿para qué voy a pagar mis mil rublos para comprar aquí quinientas desiatinas de tierra, contrayendo encima una deuda, si allá puedo conseguir más de diez veces más por los mismos mil rublos?».

V

Pajom averiguó cómo llegar hasta esos lugares y en cuanto se despidió del mercader, preparó sus cosas para poderse ir. Dejó la granja al cuidado de su mujer y se marchó con uno de sus trabajadores. Fueron en primer lugar a la ciudad y compraron un tsibik, algunos regalos y alcohol, todo tal y como le había aconsejado el mercader. Anduvieron y anduvieron y recorrieron más de quinientas verstas. Al séptimo día llegaron a un campamento bashkirio. Todo era tal y como lo había descrito el comerciante. La gente vivía en la estepa, a la orilla del río, en tiendas cubiertas de fieltro. No araban ni comían pan. El ganado y los caballos, en manadas, andaban sueltos por la estepa. Los potros estaban atados detrás de las tiendas y dos veces al día les llevaban a las yeguas madres. Ordeñaban a las yeguas y hacían kumis[5] con su leche. Las mujeres removían el kumis y hacían queso; a los hombres les gustaba tomar kumis y té, comer carne de cordero y hacer sonar sus caramillos. Todos eran amables, alegres, y se pasaban el verano de fiesta.

Era un pueblo completamente ignorante, no hablaban ruso, pero eran cordiales.

En cuanto vieron a Pajom, los bashkirios salieron de sus tiendas y rodearon al forastero. Apareció un intérprete. Pajom les dijo que había ido por el asunto de la tierra. Los bashkirios se alegraron, condujeron a Pajom a una de las mejores tiendas donde lo hicieron acomodarse en unos cojines de plumas colocados sobre una alfombra y se sentaron a su alrededor. Le dieron té y kumis, sacrificaron un cordero y le ofrecieron su carne. Pajom sacó del carruaje los regalos y comenzó a repartirlos entre los bashkirios. A todos los cubrió de regalos y repartió el té. Los bashkirios se alegraron. Cuchichearon y cuchichearon entre ellos y luego ordenaron al intérprete que tradujera.

—Me mandan decirte —dijo el intérprete—, que te han tomado cariño y que aquí tenemos la costumbre de hacer todo lo posible por complacer a nuestros huéspedes y recompensarlos por los regalos que nos han traído. Tú nos has hecho regalos; dinos ahora ¿qué de lo nuestro te agrada, que podemos ofrecerte?

—De lo suyo lo que más me agrada —dijo Pajona—, es la tierra. Nuestras tierras están atestadas y, además, han sido aradas muchas veces, están agotadas; ustedes, en cambio, tienen mucha tierra, y es buena. Nunca había visto nada semejante.

El intérprete tradujo. Los bashkirios hablaron y hablaron entre ellos un buen rato. Pajom no entendía qué decían, pero veía que estaban divertidos, que gritaban y se reían. Después callaron y observaron a Pajom. El intérprete dijo:

—Me ordenan que te diga que para recompensarte por los regalos que les has traído, te darán toda la tierra que quieras. Sólo tienes que señalarla con la mano y será tuya.

Una vez más los bashkirios hablaron entre ellos y por alguna razón se pusieron a discutir. Pajom preguntó cuál era el motivo de la disputa. El intérprete le respondió:

—Algunos piensan que sería mejor consultar con el jefe la cuestión de la tierra, y no actuar en su ausencia. Otros, en cambio, opinan que no hace falta esperar a que regrese.

VI

Mientras los bashkirios discutían, llegó un hombre con una gorra de piel de zorro. Todos guardaron silencio y se pusieron de pie. El intérprete dijo:

—Es nuestro jefe en persona.

Pajom sacó de inmediato la mejor túnica y se la entregó al jefe, junto con cinco libras de té. El jefe aceptó los regalos y ocupó el sitio principal. Los bashkirios se apresuraron a decirle algo. El jefe los escuchó durante un rato; luego hizo un movimiento con la cabeza para que callaran y se dirigió a Pajom en ruso.

—De acuerdo —le dijo—. Quédate con la que te guste. Hay mucha tierra.

«¿Cómo voy a quedarme con toda la que me guste? —pensó Pajom—. De alguna manera tendré que asegurarla. De lo contrario ahora pueden decirme que es mía y luego quitármela».

—Le agradezco —dijo—, sus generosas palabras. Ustedes tienen muchas tierras y yo sólo necesito un poco. Pero me gustaría saber qué tierra será la mía. ¿Habría alguna manera de medirla y ponerla a mi nombre? La vida y la muerte están en manos de Dios. Ustedes, gente buena, ahora me la dan, pero llegado el momento, quizá sus hijos quieran quitármela.

—Tienes toda la razón —respondió el jefe—, la pondremos a tu nombre.

Pajom continuó:

—He oído decir que estuvo por aquí un mercader y que ustedes le regalaron una pequeña tierra e hicieron una escritura; a mí me gustaría lo mismo.

El jefe lo entendió.

—De acuerdo —dijo—. Tenemos un escribiente, iremos a la ciudad y pondremos todos los sellos que hagan falta.

—¿Y cuál será el precio?

—Nuestro precio es siempre el mismo: mil rublos por día.

Pajom no comprendió.

—¿Por día? ¿Qué clase de medida es esa? ¿Cuántas desiatinas hay en un día?

—Eso es algo que nosotros no podemos calcular —dijo—. Vendemos la tierra por días; lo que puedas recorrer en un día será tuyo y el precio es de mil rublos.

Pajom se sorprendió.

—Pero en un día se puede recorrer mucha tierra —dijo.

El jefe se echó a reír.

—¡Toda será tuya! —dijo—. Pero hay una condición: si antes de que se acabe el día no has vuelto al lugar de donde saliste, habrás perdido tu dinero.

—¿Y cómo señalaré los lugares por donde he pasado?

—Iremos al sitio que tú elijas; nosotros nos quedaremos en ese lugar y tú te irás a hacer el círculo llevando contigo una pala. Siempre que te parezca necesario, harás una marca. Cavarás un hoyo cada vez que vayas a girar y pondrás al lado un montón de hierba; nosotros después pasaremos un arado de agujero en agujero. Puedes hacer el círculo tan grande como quieras, pero antes de la puesta del sol deberás volver al lugar del que saliste. Todo lo que recorras será tuyo.

Pajom se alegró. Decidieron salir temprano a la mañana siguiente. Conversaron, bebieron un poco más de kumis, comieron carne de cordero, tomaron más té, y en eso llegó la noche. Los bashkirios dieron a Pajom un colchón de plumas para que durmiera y se dispersaron por sus tiendas. Prometieron volver a reunirse antes del amanecer para llegar al punto de partida antes de la salida del sol.

VII

Pajom se acostó en el colchón de plumas, pero no podía dormir. No lograba dejar de pensar en la tierra.

«Conseguiré —pensaba—, una gran extensión. Durante el día podré recorrer unas cincuenta verstas. Ahora los días son largos como años; ¡cuánta tierra será mía si recorro cincuenta verstas! La de menor calidad la venderé o la arrendaré a los campesinos, y la mejor me la quedaré yo y me estableceré en ella. Compraré dos arados con bueyes y contrataré otros dos

trabajadores; labraré unas cincuenta desiatinas y lo demás lo dejaré para que paste el ganado».

Pajom estuvo despierto toda la noche. Sólo justo antes del amanecer se adormiló. Y así, adormilado, tuvo un sueño: se vio acostado en esa misma tienda y oyó a alguien afuera reírse a carcajadas. Quiso ver quién era, se levantó, salió, y vio al jefe bashkirio sentado enfrente de la tienda, sujetándose la barriga con las dos manos y desternillándose de risa. Pajom se acercó al jefe y le preguntó «¿De qué te ríes?». Pero en ese momento vio que ya no era el jefe, ahora era el mercader que poco tiempo atrás había pasado por su casa y le había hablado de la tierra. No acababa de preguntarle: «¿Hace mucho que estás aquí?», cuando vio que ya no era el mercader, ahora era el campesino que tiempo atrás había subido desde el Volga a la antigua casa de Pajom. Luego vio que ya no era el campesino, sino el diablo en persona, con cuernos y cascos, el que estaba sentado y se reía; frente a él yacía un hombre descalzo, llevaba puesta sólo una camisa y unos pantalones. Pajom soñó que se acercaba para ver quién era el hombre, y en eso se daba cuenta de que el hombre estaba muerto, y de que el hombre muerto era él. Aterrado, despertó.

«Qué cosas sueña uno», pensó.

Miró alrededor y por la puerta abierta vio que comenzaba a amanecer.

«Hay que despertar a la gente —pensó—, es hora de ponernos en camino».

Se levantó, despertó al trabajador que había ido con él y que estaba durmiendo en su carreta, le ordenó enganchar los caballos y fue a despertar a los bashkirios.

—Es hora de ir a la estepa a medir la tierra —les dijo.

Los bashkirios se levantaron y formaron un grupo; llegó el jefe. Los bashkirios comenzaron de nuevo a beber kumis; ofrecieron una taza de té a Pajom, pero éste no quiso perder tiempo.

—Si hay que ir, vamos de una vez —dijo—; ya es hora.

VIII

Los bashkirios se alistaron y, unos a caballo y otros en carretas, se pusieron en marcha. Pajom y el trabajador que lo acompañaba iban en su carreta y llevaban consigo una pala. Cuando llegaron a la estepa, la aurora estaba despuntando. Subieron a un cerro (que los bashkirios llaman shijan), bajaron de las carretas y de los caballos, y formaron un grupo. El jefe se acercó a Pajom y extendiendo los brazos hacia la llanura, dijo:

—Ahí la tienes, todo lo que tus ojos alcancen a ver es nuestro. Escoge lo que quieras.

Los ojos de Pajom se encendieron: toda la tierra era de barbecho, regular como la palma de la mano, negra como la semilla de amapola y donde había algún pequeño valle, la hierba era de diversos tipos y crecía hasta la altura del pecho.

El jefe se quitó la gorra de zorro y la colocó sobre la tierra.

—Ésta será la señal. Parte desde aquí y vuelve a este mismo sitio. Todo lo que hayas abarcado será tuyo.

Pajom sacó el dinero, lo puso en la gorra, se quitó el caftán, y se quedó en podiovka[6]. Se ciñó más estrechamente la faja por debajo del estómago, se enderezó, se metió en el pecho de la podiovka una bolsita con pan, se ató una cantimplora con agua a la faja, estiró la parte de arriba de las botas, cogió la pala que sostenía su trabajador y se preparó para salir. Durante unos momentos pensó qué dirección tomar: todo era tentador.

«Es lo mismo —pensó—, me dirigiré hacia la salida del sol».

Se puso de cara al sol, se estiró y esperó a que éste apareciera en el horizonte.

«No debo perder tiempo —pensó—. Es más fácil caminar mientras aún no hace calor».

En cuanto apareció el sol, Pajom se echó la pala al hombro y se dirigió hacia la estepa.

Al principio no caminaba ni muy rápida ni muy lentamente. Cuando ya había andado una versta se detuvo, cavó un agujero y colocó un montón de hierba para que se viera con mayor facilidad. Siguió adelante. Ahora su cuerpo se encontraba más suelto, así que apresuró el paso. Se alejó un poco más y cavó otro agujero.

Pajom miró hacia atrás. El cerro se distinguía claramente a la luz del sol; ahí estaba la gente y las ruedas de las carretas brillaban. Pajom calculó que había recorrido unas cinco verstas. Comenzó a sentirse acalorado, se quitó la podiovka, se la echó al hombro y siguió adelante. Se alejó unas cinco verstas más. Hacía calor. Miró hacia el sol y se dio cuenta de que era hora de desayunar.

«Ha pasado la primera tanda, pero un día tiene cuatro, y todavía es temprano para cambiar de dirección. Lo que voy a hacer es descalzarme», se dijo.

Se sentó, se descalzó, se colgó las botas del cinturón y siguió adelante. Ahora caminaba con facilidad.

«Recorreré unas cinco verstas más y entonces giraré a la izquierda —pensó—. Es un lugar muy bueno, sería una lástima perderlo. Cuanto más me alejo, mejor parece ser la tierra».

Siguió caminando en línea recta, y cuando miró hacia atrás, el cerro apenas se distinguía, las personas parecían hormigas y él sólo podía ver algo que brillaba al sol.

«Bueno —pensó Pajom—, por este lado ya he abarcado suficiente; ha llegado el momento de girar. Además estoy empapado en sudor y tengo mucha sed».

Se detuvo y cavó un agujero grande, puso las señales de hierba, desató su cantimplora, sació la sed y giró completamente a la izquierda. Caminó y caminó; la hierba ahora era alta y hacía ya mucho calor.

Pajom comenzó a sentirse cansado; miró el sol y vio que era la hora de la comida.

«Bueno —pensó—, me tomaré un descanso».

Detuvo, pues, su marcha y se sentó. Comió un poco de pan y bebió un poco de agua, pero no quiso acostarse: pensaba que si se acostaba se quedaría dormido. Se quedó un rato sentado y luego volvió a emprender su camino. Al principio andaba sin dificultad. Con la comida había repuesto fuerzas. Pero hacía muchísimo calor y se sentía soñoliento; sin embargo, siguió caminando. Pensaba: «Aguantar ahora una hora y vivir después un siglo».

Caminó mucho también en esta dirección y estaba a punto de girar nuevamente a la izquierda, cuando descubrió una pequeña llanura virgen.

«Sería una lástima dejarla —pensó—. El lino se dará muy bien aquí».

Así que continuó en línea recta. Abarcó toda la llanura, cavó un agujero al final y sólo entonces giró por segunda vez. Pajom miró hacia el cerro: se le nubló la vista por el calor y a través de la calina apenas veía a la gente en el cerro; debían de estar a unas quince verstas.

«Vaya —pensó Pajom—, he hecho estos dos lados demasiado largos; el próximo debo hacerlo más corto».

Se encaminó por el tercer lado y comenzó a acelerar el paso. Miró hacia el sol y vio que la hora de la merienda se acercaba y él apenas había recorrido unas dos verstas por este tercer costado. Le quedaban unas quince verstas hasta la meta.

«No —pensó—, aunque la finca quede torcida, a partir de ahora debo apresurarme a volver en línea recta. No quiero más de lo necesario. Ya así tengo mucha tierra».

Se apresuró a cavar el agujero y tomó, resueltamente, la dirección del cerro.

IX

Pajom iba resuelto hacia el cerro, pero le costaba trabajo caminar. Estaba empapado en sudor, se había hecho daño y cortes en los pies descalzos y las piernas comenzaban a fallarle. Quería descansar, pero era imposible si pretendía llegar antes del ocaso. El sol no espera, y cada vez estaba más bajo.

«Ah —pensó—, ¡si no hubiera querido abarcar tanto! ¿Y si no llego a tiempo?».

Miró hacia el cerro; luego miró al sol: todavía le faltaba mucho para llegar a la meta y el sol ya estaba cerca del horizonte.

Pajom siguió andando, le costaba mucho caminar, pero cada vez apresuraba más el paso. Caminaba y caminaba pero el cerro seguía estando

lejos; se echó a correr. Arrojó la podiovka, las botas, la cantimplora y la gorra; conservó únicamente la pala para apoyarse en ella.

«Vaya —pensó—, quise más de lo necesario y lo eché todo a perder; no llegaré antes del ocaso».

El miedo le dificultó aún más la respiración. Pajom siguió corriendo, la camisa y los pantalones se le pegaban al cuerpo a causa del sudor, tenía la boca reseca. Su pecho estaba trabajando como el fuelle de un herrero, su corazón golpeaba como un martillo, sus piernas le parecían ajenas, se doblaban. Sintió terror y pensó: «Ojalá no me muera por el esfuerzo».

Tenía miedo de morir, pero no podía detenerse.

«He corrido ya tanto —pensó— que si ahora me detengo dirán que soy un tonto».

Así que corrió y corrió y llegó tan cerca que podía oír a los bashkirios dar alaridos y dirigir sus gritos hacia él, y esos gritos hacían que el corazón se le inflamara aún más. Pajona corría haciendo acopio de sus últimas fuerzas.

El sol, ya muy cerca del horizonte, se adentró en la niebla y se volvió grande, rojo, sangriento. Estaba a punto de ocultarse. Le faltaba ya muy poco; también faltaba poco para la meta. Pajom ya podía ver a la gente en el cerro agitando los brazos, animándolo a darse prisa. Vio la gorra de piel de zorro en la tierra y el dinero que estaba en ella; también vio al jefe, sentado en el suelo, sujetándose la barriga con las dos manos. Y entonces recordó su sueño.

«Hay mucha tierra —pensó—, pero ¿me permitirá Dios vivir en ella? ¡He arruinado mi vida! ¡Jamás alcanzaré la meta!».

Pajom echó un vistazo al sol, que ya tocaba la tierra; un extremo había comenzado a ocultarse. Aceleró con las fuerzas que le quedaban, echó el cuerpo hacia delante; las piernas a duras penas tenían tiempo de colocarse en su sitio, para impedir que cayera. En cuanto Pajom llegó al cerro comenzó a oscurecer. Miró hacia el horizonte y vio que el sol se había ocultado. Lanzó un grito. «¡Todo mi esfuerzo ha sido inútil!», pensó, y estuvo a punto de detenerse, pero oyó que los bashkirios seguían aullando; entonces recordó que, aunque para él, desde abajo, el sol ya se había puesto, los que estaban en el cerro todavía podían verlo. Pajom tomó aliento y

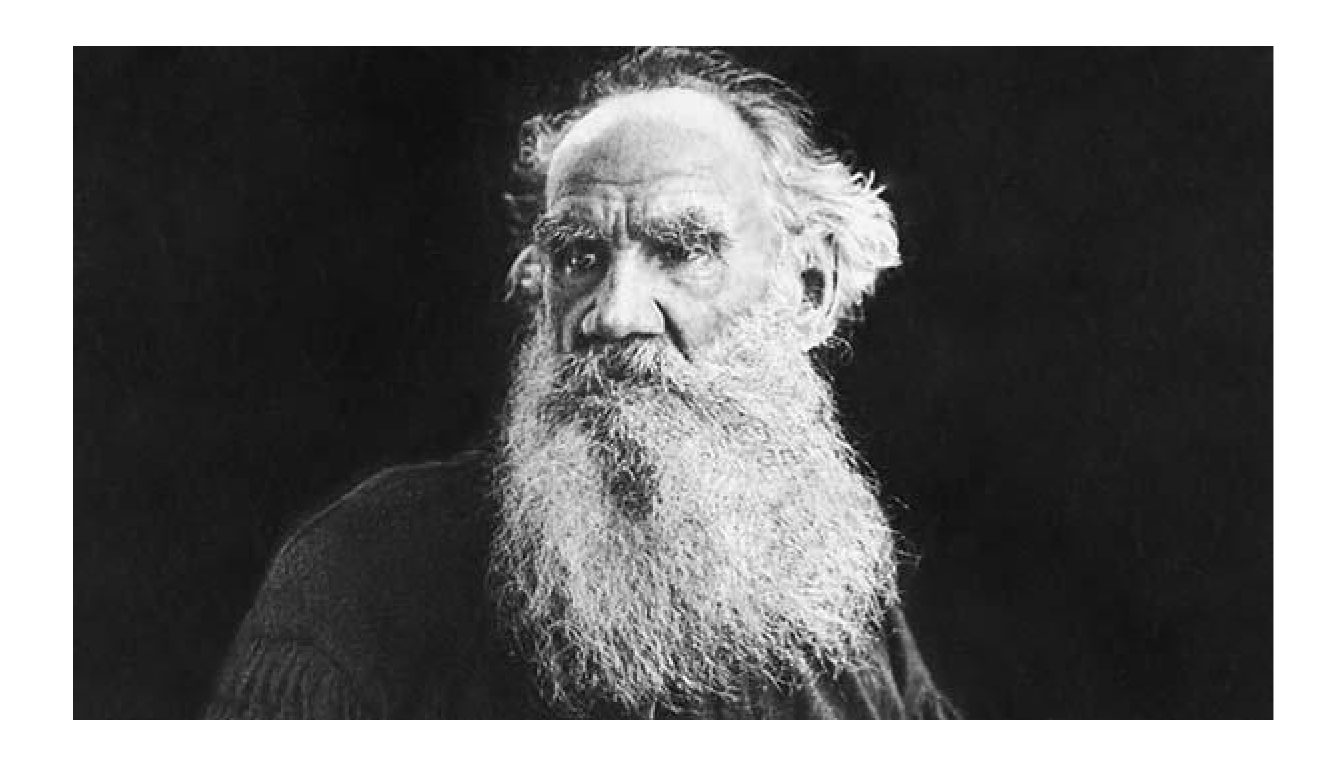
corrió hacia la cima. En el cerro todavía estaba claro. Pajom llegó corriendo y vio la gorra. Frente a la gorra estaba sentado el jefe, se reía a carcajadas, sujetándose la barriga con las manos. Nuevamente recordó su sueño y dejó escapar un gemido; las piernas se le doblaron, cayó hacia delante y rozó la gorra con las manos.

—¡Bravo! —gritó el jefe—. ¡Has ganado mucha tierra!

El trabajador de Pajom se acercó, quiso levantarlo y en ese momento vio que le salía sangre por la boca. Estaba muerto.

Los bashkirios chasquearon la lengua y lo compadecieron.

El trabajador recogió la pala, cavó una tumba lo suficientemente grande para que Pajom cupiera, y lo enterró. Tres arshinas[7] de la cabeza a los pies. No necesitaba más.



LEV NIKOLÁIEVICH TOLSTÓI. Nació en 1828, en Yásnaia Poliana, en la región de Tula, en el seno de una familia aristocrática. En 1844 empezó a cursar Derecho y Lenguas Orientales en la Universidad de Kazán, pero dejó los estudios y llevó una vida algo disipada en Moscú y San Petersburgo. En 1851 se enroló con su hermano mayor en un regimiento de artillería en el Cáucaso. En 1852 publicó *Infancia*, el primero de los textos autobiográficos que, seguido de *Adolescencia* (1854) y *Juventud* (1857), le hicieron famoso, así como sus recuerdos de la guerra de Crimea, de corte realista y antibelicista, *Relatos de Sebastopol* (1855-1856). La fama, sin embargo, le disgustó y, después de un viaje por Europa en 1857, decidió instalarse en Yásnaia Poliana, donde fundó una escuela para hijos de campesinos. El éxito de su monumental novela *Guerra y paz* (1865-1869) y de *Anna Karénina* (1873-1878), dos hitos de la literatura universal, no alivió una profunda crisis espiritual, de la que dio cuenta en *Mi confesión* (1878-1882), donde prácticamente abjuró del arte literario y propugnó un modo de vida basado en el Evangelio, la castidad, el trabajo manual y la renuncia a la violencia. A partir de entonces el grueso de su obra lo compondrían fábulas y cuentos de orientación popular, tratados morales y

ensayos como *Qué es el arte* (1898) y algunas obras de teatro como *El poder de las tinieblas* (1886) y *El cadáver viviente* (1900); su única novela de esa época fue *Resurrección* (1899), escrita para recaudar fondos para la secta pacifista de los dujobori (*guerreros del alma*). En 1901 fue excomulgado por la Iglesia ortodoxa. Murió en 1910, rumbo a un monasterio, en la estación de tren de Astápovo.

Notas

[1] Cada caballero escribía en un papelito una cualidad, por ejemplo, el orgullo. La dama, al azar, elegía un papelito y bailaba con el caballero al que correspondiera esa cualidad. (*Todas las notas son de la traductora*). **<<**

[2] Antigua medida rusa equivalente a 109 hectáreas. <<

[3] Distrito rural en la Rusia zarista. <<

[4] Caja de té de aproximadamente 32 kilos de peso. <<

[5] Bebida que se hace fermentando la leche de yegua. <<

[6] Especie de abrigo con la cintura plegada. **<<**

[7] Medida rusa equivalente a 0,71 metros. **<<**

Document Outline